RUMBO AL EXILIO

Comienza un nuevo día de ese periodo que permanecí en el extranjero, uno cualquiera de invierno en Reino Unido. Abro los ojos y mi mirada encuentra un paisaje que aún no me es familiar, pero al que ya me estoy acostumbrando. Me levanto dispuesto a afrontar un nuevo día, en el que predominan las frías horas nocturnas invernales, pues amanece a las ocho y media y a las tres de la tarde ya es noche cerrada. Desayuno, pero ya no lo hago con café sino con té, el café se terminó hace un par de semanas y hasta que no vuelva a casa, a España, será mejor no pensar en comprarlo, tanto por la calidad como por el precio.

Una vez acabado el desayuno procedo a la ducha matutina, a pesar del intenso frío que reina en la casa, teniendo que esperar a que terminen los tres compañeros con quienes lo compartía. En la casa hay tres baños, pero como vivimos doce personas, casi siempre hay caravana para usarlo.

En mi mente extraño mi cama, mi desayuno y mi baño, pero, sobre todo, a mi familia. Y me asalta la cara de mi pequeño sobrino llorando en el aeropuerto al despedirse de mí. Pienso en los abrazos con mis padres, viendo como mi madre y mi hermana se hacían las fuertes para no mostrar la tristeza. O en la mirada y las lágrimas de mi abuela, al separarnos para emprender eso que muchos de mi generación y generaciones posteriores tendremos que afrontar, la emigración.

Esa salida a otro país para tratar de buscar un futuro ante la pasividad de nuestra clase política. Unos negando una crisis que ha asolado el país, y la crueldad infinita de otros recortando y recortando. Eso sí, solo en los derechos sociales, en los derechos de los que les han votado confiando en ellos para arreglar los graves problemas que nos acuciaban y nos siguen persiguiendo. Mientras rescatan a los bancos y a los empresarios que han financiado en parte sus candidaturas electorales, o que “presuntamente” les entregaban sobres llenos de dinero.

Todo ello mientras familias enteras pierden sus casas, sus recuerdos y, en muchos casos, hasta sus vidas, al terminar con ellas como protesta ante una situación insostenible o, como en la mayoría de los casos, por la profunda desesperación de no poder dar a sus hijos, ya no todo lo que habían soñado, sino algo para poder llevarse a la boca, viendo como todo por lo que tanto habían trabajado ahora quedaba en manos de los bancos. Los mismos que son responsables de la crisis por enriquecerse mientras no paraban de conceder créditos hipotecarios hasta con la compra de una bolsa de pipas.

Así, como tantos otros, me vi en la obligación de abandonar mi casa y mi país, ante la pena de mi familia y amigos. Y tras esa despedida en el aeropuerto y con los conocimientos básicos de inglés que permitía la deficiente educación

española, me dirigí a mi destino, solo, y aunque me sentía desamparado, comenzó a inundarme un maravilloso sentimiento de esperanza, ante la expectativa de labrarme un futuro en un país ajeno. Dejé que la excitación ante las miles de posibilidades me invadiese y me diera fuerzas para afrontar lo que viniese.

Las primeras semanas son las más duras, adaptarse a las costumbres, a la falta de luz, al intenso frío, pero eso no es nada en comparación con el desprecio que sienten muchos en Reino Unido hacia españoles, considerándonos inferiores. Insultos, agresiones, vejaciones, todo un sinfín de gestos, solo por ser de otro país con otras costumbres. Es fácil entender ahora, cómo se sentían muchos inmigrantes cuando llegaban a España y se les agredía mediante la xenofobia y el racismo. Siempre he rechazado estas actitudes, pero después de estar en sus carnes, he pasado del desacuerdo al más profundo desprecio por este tipo de marginación. Todos tenemos familia e hijos y no sabemos si a alguno le tocará ser inmigrante en algún momento de su vida.

Pero fue fácil superarlo gracias a mis compañeros de casa pues nos apoyábamos unos a otros en todo lo que fuera necesario como una gran familia. Con ellos, entre nosotros, nos sentíamos seguros, a salvo, porque todos sabemos lo que pasaba cada vez que atravesábamos la puerta.

Muchos han sido y son estafados en los trabajos, con la total impunidad que representa la inferioridad de derechos y la indefensión ante las leyes que no obligan a la contratación. Los desalmados que se aprovechan de las ganas de trabajar y tras un tiempo te echan sin pagarte.

Ese fue mi caso en mi primer trabajo, tras poco más de un mes allí encontré que, al llegar a mi puesto el día de cobro, el negocio estaba cerrado, y ya no volvió a abrir sus puertas. Como siempre y gracias a mi familia londinense, remonté con sus ayudas económicas, pero aún más importantes fueron las ayudas morales. Que me llevaron a conseguir un nuevo trabajo y remontar esa situación desfavorable inicial.

En otros casos la gente estafada termina por no tener más remedio que pedir en la calle o en el metro, porque, después de ser estafados y ser víctimas, además te invade la vergüenza por el fracaso y un sentimiento de culpa que te prohíbe preocupar a tu familia, que está lejos y para recurrir económicamente a ellos.

Pero el tiempo avanza y llegan las navidades, época del año de amor, armonía, solidaridad y familia, en la que las compañías aéreas, aprovechan la coyuntura para subir el precio de los vuelos hasta un 600% para sacar rendimiento a los sentimientos de las personas, a las añoranzas de familia, de hogar. Convirtiendo en una quimera que la mayoría pueda retornar a su casa.

Limitando el consuelo navideño a una llamada telefónica o a una conversación por cámara web para los más valientes, aquellos que son capaces de contener las lágrimas y poner cara de póker mientras ves a tus seres queridos en la distancia, sin un abrazo, sin un solo beso.

Pero no todo es triste y malo, y las oportunidades se suman, las expectativas se cumplen y se sobrepasan. Conoces gente extremadamente interesante que y que complementa tu vida, ya no solo en ese momento, sino para el resto de tu existencia. Y pasa el tiempo y te habitúas a la rutina, siendo consciente de que el ser humano se acostumbra a todo. Y llegan los viajes a tu país y las visitas que vienen a verte y les enseñas todo lo que has conocido de la ciudad y, ¿por qué no?, presumes de tu nivel de inglés que te ha costado sangre, sudor y lágrimas conseguir.

Y llega ese punto crucial que nos alcanza a todos cuando vivimos en el extranjero. El momento decisivo en el que se nos presenta la disyuntiva de seguir allí o volver a casa. Y viene de repente, sin avisar, cuando te das cuenta de que si no decides volver y pones fecha a ese momento, terminarás quedándote allí para siempre.

A mí me llegó cuando nació mi segunda sobrina y vi sus fotos con su hermano. Y se me planteaba la gran pregunta. ¿Quieres perderte la infancia de tus únicos sobrinos? Y mi mente no paraba de recordar esa carita de pena de mi sobrino cuando me fui, y como ya me consideraba un extraño cuando hablábamos por la cámara de Internet. Y para mí la respuesta fue evidente, tenía que volver.

Y saqué el billete, pero a mi familia le engañé diciendo que llegaría el día posterior. Quería que fuera sorpresa y no me gustaba la idea de que el recibimiento fuera en un aeropuerto.

Con la excusa de una última conversación por Internet para darles los detalles de mi llegada los reuní a todos en casa de mi hermana. Y me presenté allí, con mis maletas, con los regalos y el resto… el resto ya lo podéis imaginar. Besos, abrazos y mucha alegría.

Yo tuve suerte y mi experiencia fue increíble, como la de muchos que conozco, otros no han tenido tanta suerte, pero de una forma u otra, todos coinciden conmigo en que se echa de menos la tierra, la gente, la gastronomía, pero, por encima de todo, el calor de tu hogar.

Jorge Pérez Mijes.